



Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

(ciclo A)

29 de marzo de 2026

I. Notas exegéticas

Mt 21, 1-11

Bendito el que viene en nombre del Señor

Reconocemos dos partes en este texto: en la primera se refiere la aproximación de Jesús a Jerusalén y en la segunda, el acontecimiento propiamente dicho de la entrada en la ciudad. Mateo ha acostumbrado a sus lectores a presentar a Jesús cumpliendo los anuncios de los profetas; en el caso de la proximidad de Jesús a Jerusalén, el evangelista acude al oráculo de Zacarías 9, 9: «¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico, en un pollino de asna». Hablando del retorno de los exiliados, el profeta anuncia el acontecimiento como la entrada del rey (un pueblo inerme) que ha vencido no por la fuerza o por hacer pactos con otros reinos, sino por la justicia. El asno era la cabalgadura de los jueces (Jue 5, 10; 10, 4) y de David (1 Re 1, 33).

Al narrar la entrada en Jerusalén, el texto presenta a Jesús como profeta. En el pórtico de la celebración de la Pascua cristiana, en la que leeremos los relatos de la pasión, es importante apreciar desde ahora la manifestación de un conflicto en torno a la percepción de la persona y misión de Jesús. Mientras que toda la ciudad de Jerusalén (21, 10) se sobresalta y sus instituciones se indignan por el actuar de Jesús (21, 15) y preguntan: «¿Quién es este?», la multitud (de peregrinos venidos a la ciudad) responde: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea».





Is 50, 4-7

No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado

El texto forma parte del tercer cántico del Siervo. Los versículos que se proponen exponen la misión del Siervo para alentar la esperanza del pueblo en medio del misterio del sufrimiento. En el ministerio del Siervo como profeta es central la palabra; por ello se anotan dos acciones: oír y hablar. Al centrar el trabajo en la palabra, el texto conduce a un ambiente de intimidad en el que se descubre la necesidad de la conversión.

El texto se abre presentando la generosidad de Dios: entrega su palabra, abre el oído del Siervo y muestra la disposición del profeta para acoger la acción divina. La misión trae sufrimiento, pero el Siervo es consciente de que el Señor lo confortará y sostendrá. Estas anotaciones sobre la disponibilidad y obediencia del profeta contrastan con lo que ha sido la actitud del pueblo: los contemporáneos del Siervo han escuchado la palabra, pero no se han convertido; no han prestado la obediencia de la fe al llamado. Las predicaciones de los profetas se reciben para acrecentar el conocimiento sobre Dios, pero no con la disponibilidad necesaria para emprender el trabajo de la conversión.

Salmo 21

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Este salmo, en su integridad, tiene dos partes: los vv. 1-22 son expresiones de un hombre angustiado por el sufrimiento, la enfermedad y los enemigos; los vv. 23-32 presentan el agradecimiento de alguien que ha sido liberado por Dios de sus males. Según G. Von Rad (Teología del AT, I, 488), el orante de este salmo se presenta como un sufriente ejemplar sobre quien han caído toda clase de tribulaciones a manos de sus enemigos y que ahora experimenta el abandono de Dios. La “catarata” de calamidades es una forma de presentarse el hombre ante Dios en espera de su ayuda. La respuesta que propone el leccionario de la misa es la súplica de un hombre afligido que lanza un grito al Dios de la Alianza, como queriendo decir: «Tengo derecho a esperar tu ayuda».

La primera estrofa denuncia que los enemigos atacan a un hombre que se siente separado de Dios y se burlan de él; quizá se trate de la actitud de gente religiosa que ironiza ante la situación de quien sufre: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». La segunda estrofa presenta las amenazas de los enemigos mediante la metáfora de animales que persiguen a su presa; buscan inmovilizar al justo taladrando sus huesos, imagen que evoca la crucifixión.





Plan de Predicación

La tercera estrofa presenta el final dramático del perseguido: la acción de repartirse la ropa de alguien que ha sido cazado por sus perseguidores es un anuncio anticipado de su muerte (ya no volverá a vestirse). La situación angustiante solo puede tener salida en la intervención de Dios. En la cuarta estrofa aparecen expresiones de confianza en la fama — el reconocido nombre— de Dios y, con ello, la invitación a todos los que han experimentado la salvación divina, es decir, a los miembros del pueblo de la alianza.

Fip 2, 6-11

Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo

Este himno en honor de Jesucristo, que concluye con la glorificación del Padre, probablemente tuvo como antecedente un himno litúrgico y guarda similitud con los cánticos de la liturgia presentados en Ap 5. Expresa una especie de recorrido desde la dignidad divina, para luego proponer el abajamiento hasta la muerte en cruz y terminar con la glorificación. El inicio evoca la creación del ser humano: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1, 26), y la contraparte de la seducción que plantea la serpiente en Gén 3, 5: la tentación de querer ser como Dios.

Es esencial aquí la presentación del misterio de la encarnación como el camino —la metodología— que Dios ha escogido para redimir al ser humano después de la caída de Adán. El abajamiento hace que la Palabra, que creó a los seres humanos a semejanza de Dios, se haga semejante a los hombres; pero, además, ese abajamiento la lleva a asumir en sí misma la condición de crucificado, que es la forma con la que el poder de su tiempo aplica la pena de muerte a quienes considera enemigos del orden establecido.

La encarnación conlleva, junto con el abajamiento, el camino de regreso a la gloria del Padre; por ello, la encarnación del Hijo de Dios es redentora de la humanidad. Esta obra de la redención a través de la encarnación suscita la adoración y el homenaje de toda la creación y supera la esperanza de algunos salmos (p. ej., 88, 11-13: «¿Se alzarán las sombras para darte gracias? ¿Se anuncia en el sepulcro tu misericordia, o tu fidelidad en el reino de la muerte? ¿Se conocen tus maravillas en la tiniebla, o tu justicia en el país del olvido?»). La obra de Cristo vence las fronteras de la muerte.



**Mt 26, 14–27,66***Pasión de nuestro Señor Jesucristo*

Es conveniente abordar este extenso texto a través de cinco momentos o episodios. El primero es la Cena: en torno a la celebración judía de la Pascua, el evangelista expone el papel de Judas y el tema de la traición por dinero. Ya en la celebración misma, las acciones y palabras sobre el pan y sobre el cáliz expresan el sentido de la entrega de Jesús: «la sangre de la alianza, derramada para el perdón de los pecados».

Segundo momento: Getsemaní. En el monte de los Olivos, Jesús predice la desertión de los discípulos y, en particular, las negaciones de Pedro. Dentro de una propiedad llamada Getsemaní, “molino de aceite”, se contrasta la oración de Jesús con la somnolencia de los discípulos; la oración de Jesús revela una relación consistente con el Padre, mientras que los discípulos parecen no comprender la intensidad del momento. Se expone un ejemplo de lo que debe ser la oración del cristiano en el momento de la prueba. Este momento de discernimiento concluye con la llegada de Judas, el «amigo», y con el rechazo a la resistencia armada que ordena Jesús. La experiencia cristiana del discernimiento como pasar por el molino.

Tercero, el juicio religioso. Mateo es el único relato que menciona a Caifás como sumo sacerdote. Hay noticias cuestionables o poco aceptables según las costumbres judías: la reunión del sanedrín en la noche, los falsos testimonios, el sumo sacerdote buscando convencer a los jueces sobre la culpabilidad de Jesús... El testimonio de Jesús sobre su identidad ante Caifás contrasta con las negaciones de Pedro. Concluye esta parte con el cumplimiento del anuncio de Jesús: «¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Judas sale del templo y se ahorca; Pedro sale de la casa del sumo sacerdote y llora amargamente.

Cuarto, el proceso romano. Jesús se muestra sereno ante el gobernador. El gobernador romano muestra resistencia a participar en la trama de las autoridades judías y, además, es advertido por su mujer: «No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él». A Pilato no le da buen resultado el recurso a Barrabás para liberar a Jesús y, mientras los paganos reconocen la inocencia de Jesús, los judíos mantienen su acusación. Al final de este periodo, el juicio romano termina de manera similar a la comparecencia ante el sumo sacerdote y el sanedrín: unos y otros se burlan de Jesús. A judíos y paganos se les escapa el misterio de Jesús.

Quinto, la crucifixión. El escueto relato sobre la crucifixión de Jesús se inspira en los salmos 69 y 22. Hay tres grupos de personas que se burlan del crucificado: los transeúntes, las





Plan de Predicación

autoridades judías y los compañeros de suplicio. Las tinieblas cubren la tierra, y el grito de Jesús rompe el silencio para proclamar el vértice de la encarnación. Se revela el fin del templo y el inicio de una nueva economía: el velo del templo se rasga, tiembla la tierra (cf. Mt 24, 1-2), se abren los sepulcros y los muertos salen de sus tumbas (cf. Ez 37, 12). Un judío piadoso (y rico —no es incompatible la riqueza con la caridad—), José de Arimatea, sepulta el cuerpo de Jesús.





II. Pistas homiléticas

Hecho de vida. La liturgia de hoy nos invita a contemplar la Pascua de Jesús como culminación de la encarnación; domingo tras domingo venimos leyendo en el evangelio de la misa el relato de san Mateo. El texto de la pasión es la conclusión de la predicación de Jesús: murió por lo que dijo e hizo.

Desarrollo. La oración colecta de la misa evoca la carta a los Hebreos: Cristo, «al entrar en el mundo, dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— para hacer, oh Dios, tu voluntad» (10, 5-7).

Asumiendo el misterio de la encarnación, la colecta presenta la vida de Jesús como la búsqueda permanente de la realización del proyecto del Padre. Esta forma de vivir en obediencia al designio divino condujo a Jesús a ser condenado a morir en la cruz. Con base en ello, la oración pide para nosotros la gracia de seguir este ejemplo de Cristo para llegar a participar de la Pascua.

El Concilio Vaticano II expresa que, por el misterio de la encarnación, «el Hijo de Dios se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (*Gaudium et spes*, 22). Por su encarnación, el Hijo de Dios quedó expuesto como todo ser humano, llegando incluso a ser víctima inocente de las injusticias. La Pasión de Cristo continúa en hombres y mujeres que son víctimas inocentes.

El himno de la carta a los Filipenses señala que, por la encarnación, el Hijo de Dios «se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz». Esta puntualización sobre la forma de morir quiere poner de manifiesto que Jesús fue señalado como enemigo de la sociedad, pues la crucifixión era, en aquel tiempo, la manera de ejecutar a quienes se sublevaban contra el Imperio.

Desde la fe cristiana, la muerte de Jesús redime a toda la humanidad porque, más que un acontecimiento puntual, es la expresión sublime de una existencia vivida en fidelidad al proyecto de Dios. El himno de la carta a los Filipenses presenta a Jesucristo recorriendo el camino inverso al de Adán, quien, «queriendo ser como Dios», desobedeció (Gén 3, 5). Por el contrario, Jesucristo «no se aferró a su igualdad con Dios»; antes bien, «tomó la





Plan de Predicación

condición de esclavo», es decir, la condición humana sometida al pecado, llegando a ser “imagen y semejanza” de todo ser humano. Por su obediencia al proyecto del Padre, es exaltado.

Por la encarnación, Jesús es solidario con el mundo del pecado y, desde la encarnación, permanece fiel al proyecto de Dios; esta fidelidad hizo que Dios lo encumbrara sobre todos y le concediera el nombre que sobrepasa todo nombre.

Paso al rito. Luego de confesar que la Pascua es la culminación de la encarnación del Hijo de Dios, pidamos que, a través del banquete de la Eucaristía, recibamos de Dios la gracia de seguir el camino que nos abre Jesús; es decir, llevar una vida en obediencia al proyecto de Dios y así poder participar de la gloria de la resurrección.





III. Subsidio litúrgico

Monición inicial *(antes de la procesión)*

Hermanos, ya próximos a la celebración de la Pascua, conmemoramos la entrada de Jesús en Jerusalén. Por medio de la procesión que nos conduce a la iglesia recordamos esta entrada; en la liturgia de la palabra, el relato de la pasión nos lleva a entrar en comunión con la entrega de Cristo, y luego el banquete de la Eucaristía nos hace participar de la mesa del Resucitado.

[Para la bendición de los ramos y el inicio de la procesión es mejor dejar las moniciones que ya propone el Misal para que las pronuncie el celebrante principal.]

Monición a las lecturas

Acabamos de escuchar en la oración colecta de la Misa una referencia al misterio de la encarnación. La encarnación del Hijo de Dios es el camino que Dios ha elegido para salvar a la humanidad; en los siguientes textos de la Sagrada Escritura se nos expone este camino de la encarnación. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente

Imploremos, hermanos, a Jesús, el Sumo Sacerdote de la fe que profesamos, que en la cruz presentó, con lágrimas, oraciones y súplicas al Padre; y oremos también nosotros por todos los hombres.

R./ Oh, Señor: escucha y ten piedad.

1. Oremos por todos los bautizados: para que en estos días santos estemos más disponibles a la acción del Espíritu Santo y podamos contemplar, con agradecimiento, el amor de Dios manifestado en la entrega de su Hijo para redimirnos.
2. Oremos por los pastores del pueblo de Dios: para que, a través de su ministerio profético, traigan una palabra de aliento a los desesperanzados y ayuden a todos los seres humanos a reconocer el camino que Dios está abriendo en la vida de cada uno hacia la comunión con Él.
3. Oremos por los hombres y mujeres que sufren a causa de las injusticias, por las víctimas de las guerras y del odio: para que el Espíritu Santo los lleve a experimentar la ternura y el amor misericordioso del Padre, manifestado en la cruz de Jesucristo.
4. Oremos por quienes, participando en esta celebración, manifestamos nuestra adhesión a Cristo y el propósito de seguir su camino hacia la Pascua: para que aprovechemos la gracia recibida y podamos progresar en el camino de la conversión.

Presidente:

Dios todopoderoso y eterno, que enviaste a tu Hijo al mundo para que, con su pasión, destruyese el pecado y la muerte y, con su resurrección, nos devolviese la vida, escucha las oraciones de tu pueblo y haz que podamos gozar de los frutos de la cruz gloriosa de Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.





Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

Ciclo A
29 de marzo

I. Claves de reflexión

1. Acompañar:

Celebramos el Domingo de Ramos, un día muy especial para la Iglesia y para nuestras vidas. Recordamos que Jesús entró a Jerusalén montado en un burrito y fue aclamado como Rey. La gente que lo aclamaba con palmas pertenecía a un pueblo que pasaba por un tiempo muy difícil bajo el dominio del Imperio Romano y necesitaba un salvador; algo muy parecido a lo que están viviendo muchos pueblos del mundo en nuestro tiempo actual. Hoy también necesitamos un salvador.

El reinado de Jesús no busca la paz a través de las guerras ni del uso de las armas, sino que se realiza mediante el amor y el servicio. Él nos enseña a ser humildes y a amar a todos, incluso a quienes no nos tratan bien. De Él aprendemos que el verdadero liderazgo no se trata de mandar ni de ser más importantes, sino de servir a los demás, hasta el extremo de dar a vida. Por eso, Él dio su vida por nosotros para salvarnos.

Vemos a muchos adultos entrar en discusiones muy intensas acerca de los líderes del mundo, en unas ocasiones defendiendo las guerras o la “mano dura”; en otras, abrumados por la confusión, el miedo o la desinformación. A nosotros nos corresponde preguntarnos: ¿quién reina en nuestro corazón?, ¿está nuestro corazón gobernado por el amor de Dios? Y, a partir de ello orar, meditar y decidir a quién seguimos. Sin duda, la mejor opción es Jesús.

2. Motivar:

El liderazgo de Jesús es un claro ejemplo de cómo debemos actuar para vivir una vida conforme a lo que Dios quiere para nosotros. Siendo hijo de Dios, Jesús se hizo servidor de todos, lavó los pies de sus discípulos, curó a los enfermos, dio de comer a las personas que tenían hambre; su vida fue un continuo servicio a los demás.

Pero ¿qué significa servir? *Servir es darse a sí mismo, darse a los demás... no anteponer los propios intereses; combatir la indiferencia, compartir los dones que Dios nos ha dado* (cf. Papa Francisco). Es ayudar a alguien sin esperar nada a cambio, es amar sin condiciones. Jesús nos muestra que el servicio es la clave para vivir una vida plena y feliz. El servicio nos ayuda





a crecer como personas, nos enseña a pensar en los demás y valorar lo que tenemos, nos hace sentir bien sabiendo que estamos haciendo algo bueno por alguien más.

Jesús se entregó por nosotros, incluso cuando no lo merecíamos. Así nos enseñó a amar sin límites. Tú también puedes hacerlo. Puedes empezar hoy mismo. Ayuda a tus padres, comparte con un amigo y sé amable con quien lo necesite.

3. Retar:

Jesús, maestro de vida, te da el ejemplo para que como discípulo suyo también sirvas a los demás con amor, como él lo hizo.

Esta Semana Santa haz algo en favor de alguien, sin que te lo pidan. Te proponemos algunas ideas:

- Ayudar en casa con algún oficio doméstico como el aseo y el orden en casa.
- Dar un abrazo a papá o mamá y agradecerles por su compañía en tu vida.
- Compartir algo que consideres necesario y valioso con un amigo.
- Ayudar a una persona pobre o necesitada.
- Decirle algo amable a un compañero de clase al regresar a clases.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada:

Queridos niños y niñas, padres de familia y comunidad reunida en esta gran fiesta del Domingo de Ramos, el primer día de la Semana Santa, celebramos la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén como Rey y Salvador de su pueblo. Nos unimos a esta alabanza y adoración reconociendo en Jesús a nuestro único Rey y Mesías, que no nos abandona, que nos ama sin condiciones y que nos ilumina y ayuda a crecer en el amor y la unidad en nuestras familias.

Alegrémonos por la bondad y el amor de Jesús, y pidámosle que reine en nuestro corazón, en nuestras familias y en nuestra comunidad.

Monición a las lecturas

En este día de alabanza y adoración, el profeta Isaías nos invita a escuchar como lo hacen los discípulos. El apóstol Pablo nos enseña que Jesús es Señor y Rey en el cielo y en la tierra. En el Evangelio escucharemos todo el relato de la Pasión de Jesús, desde la Última Cena con sus discípulos hasta el momento de su sepultura.

Escuchemos con atención estas lecturas, porque hoy Dios nos habla al corazón, nos enseña a vivir bien y nos llena de su alegría. Abramos nuestros oídos y nuestros corazones para recibir su mensaje de vida.





Oración de fieles.

Presidente: Con confianza presentemos nuestras súplicas a Dios Padre, que nos llama a servir a los demás para que, a ejemplo de Jesús, seamos portadores de bondad y de amor en medio del mundo. Digamos:

R/. Señor, enséñanos a servir como tú los has hecho.

1. Por el papa León, los obispos y los sacerdotes, para que ayuden al pueblo de Dios a crecer en la fe y en la verdad. Oremos.
2. Por los gobernantes, para que actúen con justicia y busquen siempre el bien de todos. Oremos.
3. Por las familias, para que vivan en la luz del amor y aprendan a mirarse con respeto y comprensión. Oremos.
4. Por quienes se sienten confundidos o viven en la tristeza, para que Jesús ilumine su vida. Oremos.
5. Por nosotros, para que en esta Semana Santa dejemos que el Señor sea nuestro ejemplo de servicio incondicional a los demás. Oremos.

Presidente: Padre bueno, Rey del servicio, que conduces a tu pueblo hacia la comunión y la armonía, escucha nuestras oraciones y guía nuestro camino. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

